

Con un amante, ante tus pies rendido,  
Que te enajena de prisión odiosa,  
Y que, á todos los riesgos prevenido,  
La cara libertad estima en nada  
Si á tu dicha y amor no va enlazada?

LXVIII.

»¿Negarás á tu amante hacer pedazos  
La negra puerta á la mansión del duelo,  
Las cadenas trocando en blandos lazos  
Y las tinieblas en la luz del cielo?  
¿Te esquivarás á ver entre sus brazos  
Por la postrera vez tu patrio suelo,  
Y de tus padres el sepulcro santo  
Piadosa humedecer con dulce llanto?

LXIX.

»¡Cuánta serenidad allí te espera!  
Desde el cielo sus almas venerables  
Te aclamarán la dicha verdadera,  
Amor y bendiciones perdurables.  
¡Patria, donde miré la luz primera,  
Adiós, por siempre adiós! Si á las instables  
Ondas vuelvo otra vez, tú estás de asiento  
Siempre en mi corazón y pensamiento.

LXX.

»Viva en la dicha ó viva en desventura,  
Jamás te olvidaré, ¡patria adorada!  
Y allá en el Nuevo Mundo con ternura  
Repetiré tu nombre enamorada:  
Cuando Amor me colmare de ventura,  
De rosas y de mirtos coronada,  
En medio de mi encanto y de mi gloria,  
Tú siempre vivirás en mi memoria.

LXXI.

»En tales pensamientos se ocupaba  
Llena de nueva vida el alma mía,  
Y la que antes en dudas se abismaba,  
Ya intrépida á los riesgos se exponía:  
Al fin cuando en su ocaso se ocultaba  
El postrer rayo del siguiente día  
Y brillaba en las sombras el lucero,  
Á mi libertador con ansia espero.

LXXII.

»Y ved, que de repente sorprendida,  
Y en sus brazos robustos levantada,  
Por oculto lugar soy conducida  
Á una puerta remota y excusada;  
Cuya guarda, del oro seducida,  
Á mis pasos la deja franqueada:  
La ciudad prontamente atravesamos,  
Y en una pobre casa nos entramos.

LXXIII.

»En ella un sacerdote anciano, griego,  
En ignorada soledad vivía,  
Y, prevenido con secreto ruego,  
Oculta habitación nos disponía;  
De sacras ropas revestido luego  
Nuestra unión confirmaba y bendecía,  
Trocando los de amor blandos abrazos  
De santa unión en perdurables lazos.

LXXIV.

»Si amaste alguna vez, y has conocido  
El valor sin igual de un bien seguro,  
Y lleno de esperanzas has unido

Á la dicha presente el bien futuro;  
Si por favor del cielo has conseguido  
Enlazar la virtud al amor puro,  
Y ofreció una pasión correspondida  
Encanto al corazón, al alma vida:

LXXV.

»Ya podrás comprender la dicha mía.  
El amor dilataba sus contentos,  
Mientras llegaba el suspirado día  
De entregarme á las ondas y á los vientos:  
Aguardábalo llena de alegría,  
Cuando de hombres feroces y violentos  
Acometido vi con furia insana  
Nuestro indefenso albergue una mañana.

LXXVI.

»Reos de lesa majestad, nos vimos  
Á inexorables jueces entregados,  
En cuyo tribunal bárbaro fuimos  
Al suplicio de fuego condenados:  
En recurso postrer comparecimos  
Del Sultán poderoso en los estrados,  
El cual con ademán y faz severa  
Á Costanzo increpó desta manera:

LXXVII.

—»Dime, mancebo infiel, ¿cómo pudiste  
Robar á mi jardín su flor más bella,  
Á mi trono la luz de que se viste,  
Á mi cielo de amor su clara estrella?  
Puede el cuervo mendaz en hora triste  
Al ave seducir que se querella;  
Pero su dueño si venganza toma,  
Al cuervo matará y á la paloma.

LXXVIII.

»Por derecho y por ley yo soy tu dueño:  
Por ley y obligación eres mi esclavo:  
¿Cómo quisiste, pues, con torpe empeño,  
Causar á mi grandeza menoscabo?  
De cruel y sanguinario me desdeño,  
Pero de justiciero, sí, me alabo;  
É inflexible descargo en la malicia  
El hierro vibrador de la justicia.—

LXXIX.

»Con modesto ademán y acento firme  
Le responde Constanzo de esta suerte:  
—En tu poder estoy, puedes herirme,  
Y puedes, gran señor, darme la muerte:  
Mas, de la cara prenda á dividirme  
Á que el cielo me unió con lazo fuerte,  
No basta tu poder, ni yo pudiera  
Si tamaño imposible pretendiera.

LXXX.

»En la remota México felice  
Nací, donde los cándidos amores  
El cielo dichosísimo bendice,  
Con cadenas ligándolos de flores:  
Donde no la mujer gime infelice  
Oprimida de celos y temores:  
Del hombre compañera cariñosa,  
Vive con él enamorada esposa.

LXXXI.

»En mi primera edad me vi lanzado  
Del patrio suelo, con el padre mío,  
El que, siendo español, fué condenado

Á tanta pena por decreto impío:  
Así destruye la razón de Estado  
El ingénito amor de un pueblo pío.  
Triste y errante, al expirar mi infancia,  
Me recibió cortés la culta Francia.

LXXXII.

»Joven después, en años floreciente,  
Dado al comercio, me entregué á los mares,  
Asistiendo en los puertos del Oriente  
Á los ricos mercados y bazares:  
Ya proyectaba el ánimo impaciente  
Volver la prora á los antiguos lares,  
Por haber levantado en sus regiones  
La hermosa Paz sus blancos pabellones:

LXXXIII.

»Cuando caza me da nave pirata  
En las instables ondas del mar fiero,  
Y cargado de hierros me arrebató  
Á tus altos palacios prisionero.  
Ahora bien, gran señor, ¿qué suerte ingrata,  
Qué poder, qué razón, qué ley, qué fuero,  
Condena al que nació inocente y libre  
Á que en su cuello tu cuchilla vibre?

LXXXIV.

»Si no te habían mis ojos conocido,  
Ni mis manos pudieran ofenderte,  
¿Por qué á la esclavitud me has reducido?  
¿Y por qué me amenazas con la muerte?  
Si á Aglaya por esposa he pretendido  
Y conmigo se unió, señor, advierte  
Que la oprimiste con poder tirano,  
Siendo libre y señora de su mano.—

LXXXV.

»Si por tu dicha no tomase en cuenta,  
(El monarca repuso), tu ignorancia,  
Pronto tu pena borraría mi afrenta,  
Castigando cual debo tu arrogancia:  
Mas quiero que obre la justicia lenta,  
Precediendo la blanda tolerancia:  
Llámaste libre, mis acciones culpas,  
Y fundas en mi oprobio tus disculpas.

LXXXVI.

»Y es que, sin duda, como infiel, ignoras  
Mi alto poder, mi autoridad completa,  
Y que el mundo á mis armas vencedoras  
Sujetó con sus leyes el Profeta.  
Si á la única deidad por dicha adoras,  
Sabe que soy la luz que la interpreta:  
Sometidas á mí todas las gentes,  
Soy padre universal de los creyentes.

LXXXVII.

»Mas, porque entiendas que á mi excelso trono  
Asiste la piedad y soy clemente,  
Tu crimen execrable yo perdono  
Y esa joven te doy perpetuamente,  
Con tal que humilde implorés en tu abono  
Del Profeta la ley, como creyente;  
Y colmaré tu diestra con largueza  
De poder, de placeres y riqueza.—

LXXXVIII.

»Esta proposición pudiera, indigna,  
Haber puesto en peligro mi constancia,  
Ante el suplicio cruel que le designa

Del tirano la bárbara arrogancia,  
Si de Constanzo la firmeza, digna  
De quien guarda la fe con vigilancia,  
No triunfara, diciendo en aquella hora  
Con ademán sereno y voz sonora.—

LXXXIX.

»Agradezco, señor, que hayas prestado  
Á esta mi débil voz atento oído,  
Y al cielo gracias doy, que se ha dignado  
Hacerme de la luz hijo querido,  
Para que nunca ciego y extraviado  
Abandone la fe con que he vivido:  
Antes que de Jesús el nombre niegue,  
Muerta mi lengua al paladar se pegue.

XC.

»¿Quieres que el crimen y el error pregone,  
É insensible de Dios á la doctrina,  
Sus preceptos olvide, y abandone  
La senda que á la vida me encamina?  
¿Qué importa que tu mano me corone  
De gloria mundanal, si me destina,  
Por medio del placer y falso encanto,  
Á la mansión de sempiterno llanto?

XCI.

»Y tú, querida esposa, en quien adoro  
De un depurado amor las gracias bellas,  
Los temores olvida, deja el lloro,  
Y levanta la vista á las estrellas.  
Allí, enlazados al celeste coro,  
Ajenos de inquietudes y querellas,  
Nuestra dichosa unión afirmaremos,  
Y en piélagos de luz nos perderemos.—

XCII.

»Entonces el Tirano enfurecido  
Ejecuta en Constanzo la sentencia,  
Haciendo que las llamas consumido  
Lo manifiesten ¡ay! á mi presencia.  
Nunca el hombre de gracias prevenido  
Mostrara más heróica resistencia:  
Allí recojo su último suspiro,  
Y su postrer mirada á lo alto miro.

XCIII.

»Yo vi, yo oí su espíritu glorioso  
Serenamente al cielo santo,  
Dejándole á mi pecho congojoso  
Aguda pena, inextinguible llanto.  
Aterrada del caso doloroso,  
Y oprimida de angustia y de quebranto,  
Al ardor de violenta calentura  
Camino á la funesta sepultura.

XCIV.

»Una noche terrible, en que la vida  
Con equívocas señas se mostraba,  
Y á mi lecho, de sombras revestida,  
La muerte pavorosa se acercaba;  
Se me ofrece la imagen tan querida  
De Constanzo, que luces derramaba,  
Y me dice con labio placentero:  
*Es el cielo tu patria, en él te espero.*

XCV.

»El alma, de los miembros desligada,  
Ante su juez divino comparece  
Y, hasta quedar cual oro acrisolada,

En aqueste lugar gime y padece.  
Vivir del fin eterno separada  
Y sufrir el dolor, bien lo merece  
Quien pudo vacilar por un instante,  
Entre el amor de Dios y el de su amante.

XCVI.

»De su bondad sin límites espero  
Acorte á mi penar los largos plazos,  
Y me eleve á su gozo duradero,  
Exenta ya de peligrosos lazos ;  
Donde le ofreceré mi amor sincero,  
Y de Constanzo entre los dulces brazos,  
Disfrutaré purísimas caricias,  
Eternidad de gloria y de delicias.»

XCVII.

Dijo y en largo llanto se desata,  
Semejante á las gotas de rocío,  
Que de su trono de cristal y plata  
Vierte la luna sobre el bosque umbrío  
Cuando la noche plácida dilata  
Por el orbe su extenso señorío ;  
Y ofrecen al mortal para consuelo  
Quietud la tierra y esperanza el cielo.

---

D. MANUEL CARPIO.